



EL CRIMEN DEL MAESTRO

CONTINUABAN hablando aún de Pranzini, de sus fechorías, y el señor Maloureau, que había sido fiscal del Supremo, en tiempo de Napoleón III, dijo:

—Yo intervine, hace ya muchos años, en un proceso interesante y curioso por muchos conceptos, como verán ustedes.

Era yo fiscal de Audiencia territorial, y muy bien quisto, gracias á la posición de mi padre, presidente de Audiencia en París, cuando tuve que intervenir en un proceso que se hizo famoso: lo llamaban *El crimen del maestro*.

El señor Moirón, maestro elemental, hallábase

muy bien reputado en toda la comarca. Hombre inteligente, reflexivo, muy religioso y algo taciturno, se había casado en el pueblo de Boislinot, donde tenía su escuela. Fué padre de tres hijos y los tres murieron sucesivamente de la misma enfermedad: la tisis. Aquella desgracia le hizo consagrar á la chiquillería que le fué confiada, toda la ternura de su corazón. De su dinero particular compraba juguetes para sus discípulos más aplicados, para los más juiciosos, para los más lindos; les daba de merendar, atracándolos de golosinas, pasteles y dulces.

Todas las familias ensalzaban la generosidad y la ternura del maestro, cuando, uno tras otro, cinco de sus discípulos murieron de un modo extraño. Atribuyóse á las malas condiciones del agua de los pozos, corrompidos por una duradera sequía; indagáronse otras causas, pero ninguna satisfactoria ni convincente; los niños presentaban síntomas cada vez más raros. Languidecían, perdiendo el apetito, quejándose de dolores en el vientre; pasaban así algún tiempo, y al fin morían desesperados por sufrimientos horribles.

El médico hizo la autopsia á la última víctima sin encontrar nada significativo. En un laboratorio de París hicieron los análisis de las entrañas, que no

revelaron la presencia de ninguna substancia venenosa.

Durante un año no hubo nuevos accidentes. Hasta que los dos alumnos predilectos de Moirón, fallecieron con un intervalo de cuatro días. Analizáronse con mucha escrupulosidad las entrañas, y se descubrieron en las de ambos fragmentos de vidrio machacado.

Se dedujo que las dos criaturas habrían tomado imprudentemente algún alimento descuidado; era bastante para ocasionar aquella desgracia beber un poco de leche de un jarro que se hubiera roto conteniéndola. Y allí acabara la información, si por aquellos días la sirvienta de Moirón no padeciera la misma enfermedad. El médico advirtió en ella síntomas idénticos á los observados en los niños. Y al ser interrogada, confesó que había hurtado y comido confituras de las que guardaba el maestro para obsequiar á sus alumnos.

Por mandato judicial hizo un registro en la escuela, donde se descubrió un armario lleno de juguetes y golosinas para los niños. Casi todos aquellos comestibles contenían vidrio machacado y fragmentos de agujas.

Moirón fué detenido al punto, pero se mostró de tal manera sorprendido é indignado por los cargos

que se le hacían, que le dejaron otra vez libre. Pero los indicios de su culpabilidad combatían mis propias convicciones fundadas en su excelente reputación, en su vida entera y en lo inverosímil de un atentado semejante por una persona meritísima, sin motivos que pudieran justificarlo.

¿Cómo aquel hombre modesto, afable y religioso asesinaría sin piedad á las criaturas, precisamente á las que más prefería y á las que más acariciaba?

Para suponer eso había que suponer de antemano loco á Moirón, el cual se mostraba juicioso, tranquilo y muy razonable.

Se acumulaban pruebas. Hicimos analizar las confituras y los pasteles que se vendían en las tiendas donde compraba el maestro y no se halló nada sospechoso.

Entonces él se defendió, suponiendo que un enemigo ignorado pudo introducir en las golosinas el vidrio y las agujas para despistar á la justicia, logrando sus propósitos á mansalva. El verdadero autor del crimen, fué sin duda un labriego, que se apoderaría de una herencia por la muerte de un pobre niño. A ese malvado —añadía—, no le preocupó que otros infelices iban á morir también.

Esto era posible, y Moirón lo expresaba de tal modo, con tanta seguridad, con tal fuerza de razo-

namiento, que á pesar de todos los indicios, le hubiéramos absuelto, á no aparecer dos testimonios abrumadores.

Encontróse una petaca llena de vidrio machacado; su propia petaca, oculta en un escondrijo de su escritorio, donde tenía también el dinero.

Había conseguido explicar ese hallazgo de un modo aceptable, suponiéndolo una suprema astucia del criminal desconocido, cuando un tendero de Saint-Marlouf se presentó al juez, declarando que un hombre le había comprado varias veces agujas, pidiendo siempre de las más delgadas que hubiese, y rompiéndolas, asegurándose de su temple.

Hízose la prueba, y entre doce hombres que le presentaron juntos, el mercero reconoció á Moirón en seguida. Las diligencias que se instruyeron comprobaron que había ido el maestro á Saint-Marlouf en los días indicados por el comerciante.

No detallaré las terribles declaraciones de los niños acerca del reparto de golosinas y el cuidado de hacérselas comer en su presencia para que no quedase rastro alguno.

Exasperada la opinión pública, pedía un castigo ejemplar, indignándose la gente hasta el punto de no haber defensa ni duda posible.

Moirón fué condenado á muerte sin apelación.

Podía prometerse, á lo más, un indulto, y por mi padre, supe que no se le concedería.

Una mañana, estando yo en mi despacho, recibí la visita del cura de la cárcel.

Era un sacerdote anciano, muy conocedor de los hombres y acostumbrado á las astucias de los criminales. Mostróse confuso, inquieto, desasosegado, y después de hablar durante diez minutos de cosas indiferentes, poniéndose de pie, me dijo á quema ropa:

—Señor fiscal: si ejecutan á Moirón, será usted responsable de que muera en el patíbulo un inocente.

Y se marchó sin despedirse, dejándome bajo la profunda impresión de aquellas palabras, pronunciadas en tono solemne y emocionante, de aquellas palabras, reveladoras de un secreto de confesión para salvar una vida injustamente amenazada.

Inmediatamente fuíme á París, y mi padre, advertido por mí de lo que ocurría, solicitó audiencia del Emperador.

Le vimos al día siguiente. Cuando nos introdujeron, Su Majestad estaba trabajando en un saloncito. Yo expliqué todo el proceso hasta el punto de la visita del sacerdote, y disponíame á referirla, cuando se abrió una puerta junto al sillón del soberano

y apareció la Emperatriz, creyendo que su marido estaba solo. Enteróse del asunto, y consultada por Napoleón, dijo:

—Es forzoso indultar á ese hombre inocente.

¿Por qué la repentina convicción de una mujer tan piadosa despertó en mi conciencia una terrible



duda? Hasta entonces había deseado ardientemente una conmutación de pena, y, de pronto, me creí juguete de un criminal astuto, que había empleado al sacerdote y la confesión, como último recurso.

Expuse mis dudas á Sus Majestades. El Emperador mostróse indeciso, vacilando entre su natural bondad y el temor de ser engañado por un misera-

ble; pero la Emperatriz, segura de que había obedecido al sacerdote á una inspiración divina, insistió: «¡En todo caso, es preferible redimir á un culpable que matar á un inocente!» Esta opinión decidió al Emperador, y la pena de muerte fué conmutada por la de cadena perpetua.

Supe, algunos años después, que Moirón, de cuya ejemplar conducta se había enterado al Emperador, estaba sirviendo al director del presidio.

En mucho tiempo no tuve más noticias de aquel hombre.

Pero hace unos diez años, mientras veraneaba en Lille, hospedado por mi primo Larielle, al sentarme un día á la mesa para comer, me avisaron que un sacerdote preguntaba por mí.

Avistéme con él, y me dijo que un agonizante quería verme con urgencia.

Semejantes aventuras me han ocurrido varias veces en mi larga carrera judicial, hasta después de haberme dejado cesante la República.

Siguiendo al sacerdote, llegué á una miserable guardilla, en lo más alto de una casa de vecindad, y vi, sentado en un jergón, reclinándose contra la pared para respirar, á un moribundo extraño. Parecía un esqueleto haciendo muecas, y sus ojos hundidos brillaban mucho.

En cuanto me vió, dijo con voz apagada:

—¿No me conoce usted?

—No.

—Soy Moirón.

Sentí un estremecimiento, y pregunté:

—¿Moirón, el maestro?

—Sí.

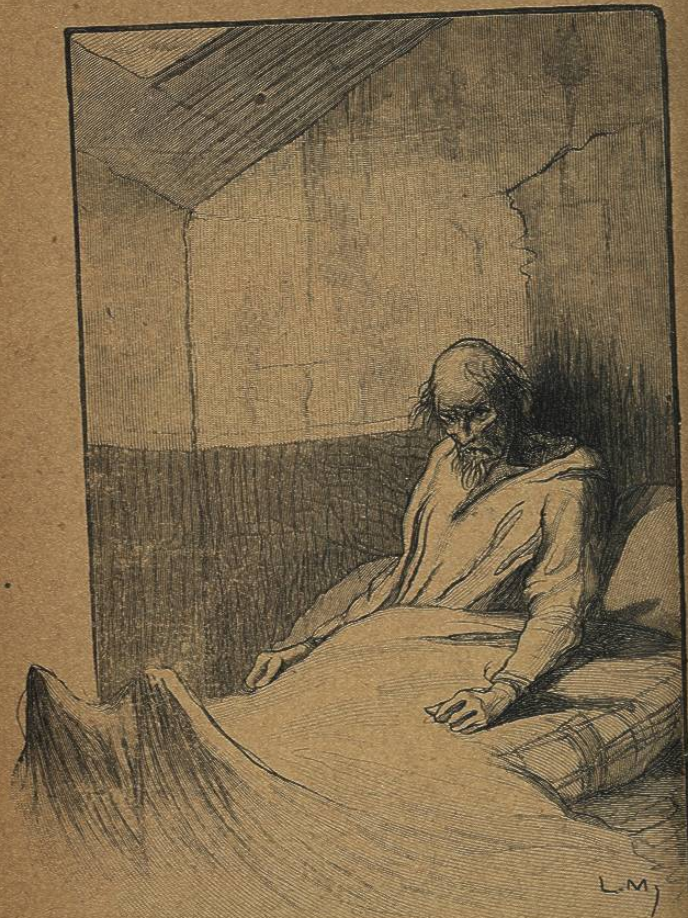
—¿Cómo vino á este pueblo?

—Sería muy largo de contar y... Voy á morir... Me trajeron un cura... Yo sabía que usted veraneaba en Lille... y pedí que le avisaran... Quiero confesarme... con usted... Hace años... me salvó la vida...

Crispándose, trituraban sus dedos la paja del jergón á través de la tela. Y prosiguió, esforzando su voz enronquecida:

—Voy á decir la verdad... Es preciso decir la verdad... cuando se abandona la vida...

«Asesiné á los niños... á todos... ¡por venganza!
»Yo era un hombre honrado..., muy honrado..., muy bueno; temeroso de Dios, del Dios caritativo, del que nos muestra la doctrina cristiana; no del Dios verdugo, ladrón y asesino que rige la tierra. Jamás había hecho mal á nadie, jamás había cometido un acto indigno; yo era virtuoso..., muy virtuoso...



»Cuando me casé tuve tres hijos, y los adoraba como ningún padre adoró á sus hijos; vivía sólo para ellos y su cariño era mi única esperanza.

»¡Los tres murieron! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Merecía yo semejante castigo? Me indignaba clamando contra la injusticia; pero, un rayo de luz iluminó mi espíritu, como cuando se despierta; y comprendí que Dios es malo. ¿Por qué había matado á mis hijos? Abrí los ojos y vi que á Dios le gusta matar y mata complaciéndose. Da la vida, solamente para poder quitarla. Dios es un asesino. Necesita víctimas y se las procura de mil maneras, á todas horas. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para divertirse cuando está de buen humor; y cuando se irrita, desarrolla epidemias: la peste, el cólera, las fiebres, la viruela, ¡qué sé yo lo que imagina ese monstruo! Como no le bastan las enfermedades, recurre á las guerras para ver doscientos mil hombres destrozados entre sangre y lodo.

»Hizo más aún; hizo que se devorasen los hombres, y cuando se iban dulcificando las costumbres, lanzó al mundo los animales indefensos, para ver cómo los hombres los cazan, los degüellan y se los comen. Hizo más aún. Creó insectos que viven sólo un día; las moscas que mueren á millares en una hora, las hormigas que pisamos, y otros muchos,

muchos, que no podemos imaginar. Todos viven matándose, cazándose, devorándose unos á otros. La vida se produce sin cesar de la muerte. Y Dios lo contempla divertido; porque lo ve todo, todo; lo más grande y lo más pequeño, lo que ocurre dentro de las gotas de agua y lo que se realiza en el espacio inmenso, donde flotan las estrellas. Lo mira todo y se divierte. ¡Canalla!

»Yo también maté, maté niños. Hice como él, me divertí como él, destruyendo. Le arrebaté aquellas víctimas; yo los mataba, yo los mataba y hubiera matado muchos más. Pero, no me dejaron...

»¡Cómo le hubiese agradado verme subir al patíbulo! Pero le privé de semejante gusto, confesándome y mintiendo. Mintiendo pude vivir.

»Ahora, todo acaba... Es lo último... Ya no puedo escapar... y no me intimida... ¡Le desprecio!»

Era horrible ver al infeliz, ahogándose, abriendo una boca enorme para balbucear palabras casi incomprensibles, con el estertor agónico, rasgando la tela del jergón, agitando sus piernas enflaquecidas, bajo una sábana sucia, casi negra, como si pretendiese huir.

Le pregunté:

—¿Necesita usted algo?

—No, señor.

—Entonces... me retiro.

—Adiós, caballero. Algún día...

Dirigiéndome al sacerdote, pálido, lívido, apoyado en la pared, le dije:

—¿Se queda usted?

—Me quedo.

El moribundo balbuceó burlonamente:

—Sí, sí; Dios lanza sus cuervos sobre los cadáveres.

Yo me fui, harto ya de aquel espectáculo.

